

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 15 de Septiembre de 1898

Núm. 408



Mírame y dí que me muera,
que para verme en tus ojos
del sepulcro me saldré,
aunque me metan muy hondo.

El reloj parado

Sr. D. Antonio Sales,



Francamente, hasta cierto punto razones bien: los jóvenes no hacen nada; ¿qué digo? Viven. Alientan para sí, y no son justas tus recriminaciones. Están en la época en que fructifican los egoismos todos, y á su edad ese es, aunque les duela á los filósofos, el defecto menor. Déjales que apaguen sus impetus en la hierba esponjosa de los placeres: que bullan, que rían como locos: la existencia reflexiva es para los viejos; las lágrimas para la mujer; los mozos sufren la herida, y si caen se levantan, siempre con la sonrisa en los labios, siempre con esta exclamación en la boca: «no duele».

No duele, te aseguro que nó: he visto en este último período de nuestra historia viril cosas muy tristes; más tristes que los errores de unos y la ignorancia de otros; más tristes que el doloroso espectáculo de esas pálidas sombras perdidas en el horizonte de nuestra grandeza: todo eso ¿qué vale comparado con la amargura de sentir el momento en que la patria, como un reloj falto de cuerda, detiene su ascensión al ideal?

No he gritado desafortadamente haciendo coro á los que sentían la fiebre insana del patriotismo de las leyendas: en este periódico y envolviendo el anuncio en discretas perífrasis, predije la lección. La esperaba, como la esperarían otros muchos; el único yerro consistió en imaginar que fuese lección saludable. Después, en las horas de angustia, en la prueba terrible, he sentido el resquemor de la patria y he apartado de mi vista la lectura de hojas imbéciles, llorando con pena muda, sin lágrimas, el sonrojo que ardía en mi faz, escapándose con llamaradas de fuego de mi corazón de patriota.

Entonces yo, que he demostrado tener el alma limpia de sentimientos ridículos, he exclamado ahogando el sollozo en mi garganta: «no duele».

Tú hablas de la juventud, así, en grupo, y es necesario decir las cosas claras. Hay hoy, que el reloj no anda, una línea divisoria entre los jóvenes de nuestro país. Los que han sacrificado su vida en el campo de batalla, los que han corrido toda suerte de contrariedades

en lucha terrible con el clima y con los hombres son unos. Los que la edad, el dinero ó la suerte retuvieron en la Península otros. Y mira á donde llega la burla del destino; aquellos pelearon con un ideal vivo en el alma, ese ideal que ha muerto aquí donde la juventud no perdió las caricias suaves de la casa y los atractivos del café y de los toros... Los jóvenes de allí, los héroes han llorado viendo cómo se arriaba la bandera; los de acá (hablo por lo menos de los que he visto á mi alrededor) ¡ni talento para llevar al rostro la máscara de la hipocresía!

Nunca creí que pudiéramos evitar una desgracia imposible; pero esperé en que no faltaran alientos para reedificar sobre sus ruinas el grandioso edificio de nuestro palacio azul.

Ya sabes, pues, amigo mío, que si no me faltan amarguras y decepciones, no las siento porque á mí me hieren, (que los golpes que recibo descontados están), sinó porque hieren más altos ideales. Esto es como en un combate: veo caer á muchos junto á mí; ¿qué importa? Mi conciencia honrada no puede anularse por ingratitud arriba ó ingratitud abajo. No influyen en mi ánimo esas pequeñeces de la vida. Sé positivamente que no hemos de resucitar despertados por furiosos cataclismos; sé que la labor ha de ser puramente intelectual; que cada uno tiene su esfera marcada: yo cumplo mi papel: ¡pobres de espíritu, tristes, aquellos que se queden rezagados! ¡Sin ventura los que no abran sus almas á las auras tibias, suaves y olorosas de la Primavera que despuntará en breve, fructificando las semillas que los obreros inteligentes y nobles echen en el surco!

Porque no hay que dudarlo, amigo mío: es inútil provocar esfuerzos inauditos que arranquen de impulsos meramente mecánicos; nó, la vida nueva ha de venir del seno fecundísimo de la inteligencia, y la inmensa labor corresponde á los *intelectuales*. Por eso renace una poesía sana, vigorosa, llena de luz, saturada de perfumes fuertes, rica en conceptos enérgicos. La voz de los artistas despertará el ideal dormido y lo atraerá á la conciencia del mundo.

Así es como hemos de elevarnos sobre nuestras miserias, redimiéndonos del grave pecado de ignorancia cometido; y hasta que esa misión se cumpla, nadie imagine escalar el palacio de los ensueños donde nos será permitido elaborar los materiales para reconstruir la pobre Patria herida.

Eso es lo que descubro, apartando los ojos de lo presente y convirtiéndolos á lo venidero, y porque lo veo tan claro como se ve el fondo de las aguas tranquilas, sigo paciente mi tarea, sin que me preocupe el resultado ni me abatan los sinsabores.

Y sábete que me ha dolido ver perdida entre la juventud una generación más.

Entre tanto no olvides esto: desgracia es que el reloj esté parado, pero no hay más remedio que esperar á que surja de lo desconocido el relojero sublime que le dé cuerda.

Y entonces ¡ay de los jóvenes que hayan perdido las horas en ocios estúpidos, ó en tareas estériles, ó en pasatiempos insulsos y vanos! Caerán arrollados en mitad del camino; caerán de bruces sobre el polvo seco de sus ideas oscuras y de sus sentimientos ruines; caerán sintiendo la horrible sensación del abandono en las oquedades del sér y apartados de un mundo que se levantará entre nubes sobre sus cabezas.

Horrible castigo el suyo: los aires que soplan son de renovación, y los jóvenes que no se apresuren á renovarse se verán en la hora crítica viejos, decrepitos, impotentes...

J. F. Luján.



Resistiendo la tentación.

Como se pide



Cumplió el niño un año cabalito y descendió hasta él su hada. Sabido es que todos los hombres la tienen, por misterioso designio de Dios.

Iba vestida la florida dama con un vaporoso traje de gasa blanca sembrada de estrellas.

Acercóse al pequeñuelo, que rebullía en el regazo de su madre como un gatito travieso, y le susurró al oído, envueltas en su aliento de ambar estas frases:

—¿Qué es lo que ambicionas rapazuelo?

El interpelado no replicó y, buscando torpemente las hinchadas y generosas ubres maternas, aplicó á ellas con ansia su boca de fresa. Eso era lo que quería.

Su respuesta fué más categórica cuando la buena hada, cayendo desde condensada nube en una gota de agua, le preguntó, frizando ya en los ocho años, cuál era el objeto que apetecía.

Sin vacilar le respondió, saltando como un gorrión y palmoteando estrepitosamente:

—Pues me gustaría un polichinela que tuviera música en la barriga, moviera los brazos y vistiera un traje con muchos cascabeles.

El hada satisfizo su capricho, y, sirviéndole de Mercurio una dorada mariposa, le envió el muñeco de sus afanes.

Estaba en la edad en que los atenienses daban el nombre de *efebo* al adolescente y era un jovencuelo guapito, rubio, como una espiga, con hermosos y virginales ojos azules, iluminados á ratos por rafaguillas de deseo.

El hada, que aquel día se había puesto su vestido de los días de fiesta, de terciopelo

rojo con salpicones de perlas blancas y negras, llegándose hasta él y rozándole con sus labios el rostro que ya embarbecía, le preguntó:

—¿Quieres otro muñeco como el de antaño, que tenga gritos en el vientre y cascabeles en el traje?

—No, nó; eso para los niños: ahora quiero una muñeca.

—¿Que diga *papá* y *mamá*, con carita de loza y pendientes de cristal?

—¡Cál! La muñeca ha de gritarme al oído «¡te quiero mucho, alma mía!» y su rostro ha de ser de finísima piel; como si fuera raso.

—¿Con que esas tenemos ya, señor enamorado, mi querido soñador? No debía complacerte; pero, sin embargo, como yo soy la esencia de la bondad, te daré gusto.

El mancebo pasó la noche de aquel día por una calle que tenía, entre otras, una elegante casa y ésta una ventana á la que se hallaba asomada, como deliciosa visión, la muñeca ambicionada.

Miráronse uno y otro; acercáronse espoleados por mutua y espontánea pasión, y una hora después ella le decía, enlazándole al cuello los brazos:

—¡Alma mía: te quiero mucho!...

Vió el hada que el joven enflaquecía, porque el amor iba resultando para el pecho funesto manjar, y le quitó inopinadamente la muñeca, sin que él se diera por muy agraviado con el hurto.

—¿Qué quieres en este momento?—inquirió la buena señora, envolviéndole con su manto gris.

—No sé qué pedirte: todo lo que me has concedido ha llegado á hastiarme al poco tiempo. Espérate; voy á volverme el alma del revés y á darme un paseo por ella con la razón, procurando que no me siga la voluntad.

Después de breve rato que dejó transcurrir meditabundo:

—Ambiciono gloria;—dijo al hada— estoy cansado de ser un pelagatos á los veinticinco años, sin que mis ideas salgan del cerebro, mis sentimientos del corazón y este cuerpo escuálido de la estrechez de mi habitación de soltero. Estoy deseando aplausos, aunque resulten amasados con censuras, vítores y silbos: pagar la novatada de cualquier manera y subir luego muy alto en la escala del uni-

versal respeto al peldaño donde no llegan más que los escogidos de la madre Sabiduría.

— Llegarás — le contestó con dulcedumbre la espiritual dama, zambulléndose en el aire.

Y cuando el protegido del hada salió aquella noche para dar su acostumbrado paseo, vió que la muchedumbre le miraba con respetuosa veneración; que todos le cedían el paso. Hubo uno que, sólo al columbrarle, le señaló al gentío, gritando con acento convenido:

— ¡Ese muchacho vale!...

Tuvo cuarenta años el que hasta entonces había sido un hombre en toda la flor de su edad, y se encontró desvencijado, sin músculo, sin fibra, sin pasiones de iniciativa y empuje. La gloria le había probado muy mal y su cabello blanqueaba.

— Vengo á satisfacer tu capricho de hoy — volvió á repetirle el hada con embriagadora sonrisa. — Pide por esa boca, que, por mucho que sea, te lo otorgaré.

— Valiente fantasma estás tú: riéte cuanto quieras, pero dame, sin ambages ni andróminas, lo que anhelo.

— ¿El qué?

— Un plato de cocido: tengo hambre, mucha hambre; me parece que no me veré saciado nunca.

— ¿Otra vez aquí? — dijo él.

— Siempre, hijo mío. Te amo mucho para abandonarte... — le repuso el hada, que estaba hermosísima, á lo reina, con su severo traje de negro tul. — ¿Necesitas algo?

— Dos cosas: primera...

— ¿Esta vez van á ser dos? No importa; da gusto á la lengua, que para complacerte he nacido yo.

— Primera: que digas á tus hermanas, las hadas de los demás hombres, que se alejen de ellos, si no quieren causar la eterna desgracia de los mismos, y, segunda: que busques por ahí una huesa donde poder echarme á dormir para siempre. Tengo setenta años y mucho sueño: se me caen los párpados y el alma se va marchando á cachitos en cada golpe de tos.

— ¡Desgraciado!... La peregrinación de todos: abotargamiento, travesura, sensualismo, ambición, hambre, desencanto... ¡Desaliento profundo, por fin!...

Luego abrió la boca de su pupilo: *agarró* la respiración con pulso fuerte y, extrayéndola de los pulmones de aquél, le dejó cadáver.



En la ventana vió asomada la muñeca, como delicosa visión.

MARTÍN DE LA CAMARA



— No tenga usted miedo; conmigo puede usted ir segura hasta la gloria. — ¡Jesús! para eso hay que morirse. — ¡Ségua!

Las pedreas

CAPÍTULO VI

Final del Consejo. — La sentencia. — Un herido y varios contusos. — Bandera de parlamento. — Plan de operaciones. — El enemigo. — La caballería bárbara. — Escaramuza — Retirada. — Por la dehesa. — Otro ataque. — Amenaza Mariano Luque.

El consejo de guerra terminó sin incidentes dignos de mención. Oyóse al acusado, quien no se tenía por delincuente y rechazaba la nota de traidor con todas sus fuerzas. Según él la culpa era de Lugo, y en efecto: el ilustre dómine le había visto en la calle cuando se encaminaba al Campamento, y aun depuso el testimonio de que obligó al alumno á no perder la clase y luego á servirle de guía para llegar á nuestra presencia. Todo eso estaba puesto en razón, pero yo que actuaba de fiscal, no quise admitir el descargo, porque era evidente que para dirigirse á la revista no necesitaba Rico exponerse á que el maestro le echara encima el ojo, estando la escuela en el centro de la Ciudad y la casa del reo en un extremo, en el ensanche, que se edificaba junto al barrio de las Rocas y á dos dedos del declive en cuestión. Por otra parte, Lugo no se habría determinado á sorprendernos sin una excusa poderosa: era lógico pensar que Rico fué con el soplo, y que amañó muy bien la denuncia, poniendo á Lugo, que era un alma de Dios, en cuidado.

A estas palabras mías, el maestro miró compasivamente al reo; dijo que odiaba el embuste y cantó de firme. Resultó probada mi acusación. Rico acabó de echar todo el veneno fuera y se nos descolgó con la amenaza de que tenía pensado ir á ofrecerse á Luque, dándole de paso noticia de todo cuanto le pudiera convenir. Levantóse Cortul, que era en extremo impetuoso, haciendo ademán de abalanzarse sobre el imbécil; por fortuna el maestro se hallaba al lado suyo y le sujetó. El general intervino rogando á Lugo que se llevara al reo y que nos dejase solos para las deliberaciones.

La sentencia abarcó los extremos siguientes: Como no se le podía detener ni recluir, sería pregonada durante tres días seguidos su degradación. Ningún jefe, oficial, clase ni soldado alternaría con él, ni le auxiliaría ó favorecería, por duro que fuera el trance en que se viera. En poniéndose á tiro del Campamento se le apedrearía ó tirotaría con orden de levantarle cuando menos media docena de chichones. Se gestionaría cerca de los jefes bárbaros para que unos cuantos gañanes de los suyos le propinasen una paliza monumental, y si esto no se lograba por la vía diplomática, después de la próxima pedrea se impondría esta cláusula entre las que se acordasen para la capitulación. Se leería la sentencia declarando traidor á Rico antes de empezar los combates, y se juramentaría á los guerrilleros para apalea en lo sucesivo á todos los que no la cumplimentaran.

Lo primero que se puso en práctica fué lo de apedrearle, pues el muy tonto pensó que nos daba con su orgullo en las narices paseándose por delante de las guerrillas. El sargento que le había sustituido, Cosme Lesma, mandó tirar al verle delante de sus rondas, y milagro fué que una de las piedras, dándole en el brazo no se lo rompiese. No hay que decir si el herido puso pies en polvorosa. A los dos días de esta ocurrencia, Soler se avistó con el jefe bárbaro que tuvimos preso, y éste aceptó la propuesta significándole que no podía dar á los suyos mayor contento. Rico recibió un anochecido tal furia de puñetazos y puntapiés que tuvo que guardar cama más de quince días con asistencia facultativa. Los padres se quejaron al juez, pero como no había quebrantamiento sino magulladura, y al apaleado le fué imposible precisar nombres, no pudo procederse en justicia contra nadie. El alcalde llamó al general y amenazó con quitarnos las llaves del castillo si aquello tomaba otras proporciones que las de un simple juego. Probóle su pariente Medina que nosotros no teníamos arte ni parte en tal cosa, y pudimos seguir preparando la segunda pedrea.

No se durmió Soler en sus laureles, pues provisto de hondas (había subdividido su ejército en *honderos*, ó cuerpo de línea y tiradores, ó cuerpo de fortificaciones, corriendo á mi cargo, naturalmente, este segundo) la fuerza estuvo practicando constantes ejercicios que eran de ver.

Y se veían, pues no faltaron miradores, que desde las avanzadas, y subiéndose á los altillos libres de nuestra zona, contemplasen aquel espectáculo singular. Algunos caballeros se procuraron la subida al Castillo, cosa á que yo accedí gustoso, pues no exentó de vanidad á aquellos años, me halagaba que solicitasen mi venia para asistir á la riña. Coloquéles en sitio oportuno, donde no embarazasen los movimientos de mis guerrillas, y desplegué á éstas en dos alas, estableciéndome yo con los capitanes y el tambor de órdenes en el centro de la torre del Homenaje. Al fin y al cabo, según el plan que convinimos Soler y yo, no debíamos hacer otra cosa que mantenernos á la expectativa y atacar sólo en el caso de que el enemigo forzase las posiciones de tierra (y eso lo teníamos por inverosímil) ó amagara á la tienda del general. Este estaba bien defendido, pues tenía en la meseta del horno una guardia de *honderos*, y en lo más alto de las rocas una sección de tiradores, compuesta de tres individuos y un cabo. Para proteger el ala izquierda, puse en la garita del Portillo dos secciones más, al mando de un sargento, y para evitar toda sorpresa, aunque la conceptuaba inútil, establecí una guardia en la puerta principal, que se hallaba al mediodía de la fortificación.

Abajo, el primer cuerpo ocupaba sitios ventajosos. Se le dió la extrema vanguardia, por ruego suyo, al comandante Medina, y éste dividió dos guerrillas en tres grupos, tomando posiciones en las eminencias que ofrecían dos solares á medio construir, quedándose él en el centro, de donde arrancaba la carretera que conducía al primer escalón del declive. Su puesto era el más comprome-



La Saeta

tido por no tener resguardo. Cortul mandaba las guerrillas centrales que desplegó en línea desde la carretera á la entrada del campamento, difícil de forzar por hallarse junto al portillo de que he hablado antes y dos grandes rocas que formaban una especie de desfiladero. Allí se establecieron las avanzadas de la extrema izquierda y una guerrilla en pelotón, combinando un triángulo.

Poco antes de las cinco sonó el primer redoble, dando el toque de atención desde el llano; contestó el tambor de órdenes del general y batió el mío, indicándose así á toda la gente que estuviera apercebida. Confieso que por el aparato de que habíamos revestido la pedrea, noté cierta impresión en todos y yo mismo consideré aquel acto no pueril, sinó solemne. Avivóse este sentimiento notando que el contrario venía no desprovisto de táctica, y que por las muestras íbamos á empeñar una lucha formidable. El jefe insurrecto, según vimos después, había reclutado buen golpe de gente en el campo, y nos echaba la caballería en forma de sección exploradora. Diez zagalones (que nos doblaban casi la edad) venían sobre sus mulos, sujetando las riendas con los dientes y haciendo uso de los brazos para jugar las hondas. De hallarse los peones de Medina al descubierto habrían sido arrollados. La lluvia de piedras que cayó á los pies de los animales les obligó á refrenar su avance, y los jinetes sostuvieron breve é infructuosa escaramuza, retirándose á poco. Pasó un cuarto de hora sin que el



- ¡Anda salero! No necesita tanta fuerza para atraerte el novio.
- Cuestión de impresiones. Entonces no siento tanto frío.

enemigo diese señal de vida; pero al cabo se presentó en grupo de treinta hombres atacando la izquierda de Medina, que estaba más distante de la línea central, y por tanto sin que pudieran castigarles eficazmente las hondas de Cortul. A los dos minutos, cuando el teniente coronel no había tenido tiempo de reforzar las fuerzas del comandante con otra guerrilla, apareció de nuevo la caballería bárbara, plantándose con gran arrojó á tiro del último, á quien fué preciso proteger. En el mismo intervalo se presentó otro grupo contra la derecha, pero no hizo más que hostigar á los nuestros para distraer su atención, porque, escalonados y protegidos por los de los mulos, cayeron veinticinco insurgentes más sobre la posición amenazada, apedreándola por el frente y por un lado. Siendo peligroso enviar refuerzos, el tambor dió á los que la defendían orden de abandonarla, y yo, que noté esta maniobra, mandé otras dos secciones, una á las Rocas y otra al Portillo, temiendo que nos cortasen la extrema izquierda. Al mismo tiempo mandé explorar desde los muros el ala contraria, pues calculaba que aun tenía reservas el enemigo.

No fué precaución inútil, porque supe que grandes masas habían escalado la cerca norte del Castillo, asquible por ser una línea poco alta que protegía la dehesa, independiente de la red de murallas y torreones. Desde allí se podía avanzar hacia el oeste y sorprender el Campamento. Mandé un número que advirtiera al general, encareciéndole la urgencia de que las guerrillas del llano se uniesen al grueso de Cortul, mientras yo reconcentraba las mías al otro lado de la torre del Homenaje para impedir el asalto. Así se hizo. Los bárbaros tomaron nuestras posiciones del llano, plantando sus banderines en los edificios y batiendo marcha.

Se presentó en seguida ocasión de que jugasen mis tiradores desde las Rocas, pues el jefe insurrecto mandó á la caballería subir la carretera á galope tendido, protegiéndola él hábilmente. De nada le valió el esfuerzo, porque uno de los jinetes recibió una carga de perdigones en pleno rostro y fué desmontado. Los demás volvieron grupas. La avanzada recogió al herido y se incautó del mulo. Nosotros teníamos ya tres contusos á espaldas del horno donde se hallaba el hospital de sangre, mandado por un oficial barbero, ayudante de un maestro sangrador, á quien contratamos para la pelea.

Iba á intentar otra acometida más impetuosa el jefe insurrecto, después de dividir sus fuerzas, de modo que el núcleo más fuerte atacase la derecha para quebrantar nuestra defensa en el punto amenazado por la caballería, cuando vimos con asombro que izaba bandera de parlamento. El general le mandó subir.

—Es lástima que te entregues tan pronto — le dijo Soler. — La lucha es digna de los tuyos y de los míos y ahora llegábamos á la operación más ruda.

—Es, general, — replicó el contrario — que entran los veinticinco hombres de mi reserva, á quienes yo tenía apostados convenientemente para evitar una sorpresa por retaguardia, diciéndome que van á atacarnos grupos desconocidos.

—¿Luego no son fuerzas tuyas las que han escalado la dehesa?

—Nó, no sé una palabra.

—Ese es, pues, Luque, — añadió Soler dando una furiosa patada.

—¿Enemigo tuyo?

—Y amigo de los carlistas.

—Cuenta con mis hombres; dame un puesto para pelear.

—¿Están lejos los otros?

—Tardarán aún siete ú ocho minutos.

El general me preguntó por telégrafo (que teníamos convenido), si había fuerzas á la vista. Contesté que nó y me ordenó bajar solo, dejando apercebida mi gente. A Cortul le dijo que bajase al llano con una guerrilla y tomara posiciones uniendo á su fuerza las de los insurrectos.

—Que suba la caballería y tome la boca de la carretera — gritó.

Y de lo que acordamos en Consejo, Soler, el jefe de los bárbaros y yo para rechazar á Luque, se tendrá cabal noticia en el capítulo próximo.

CLAK



Aquél acaba de flecharme. No regenerará á la patria, pero va para embajador. Además viste claro, con flor en el ojal... ¡y á mí me gustan tanto las lilas!

Intima

Hijito del alma,
me dijo mi madre
besando mis ojos: cuando yo me muera
¿podrás olvidarme?

Me abracé á su cuello
llorando á raudales,
diciendo: no pienses, madrecita mía,
que pueda olvidarte.

¡Infeliz! — me dijo —
¡cuán poco que sabes!
¡pobres de los hijos que nunca se olvidan
de su pobre madre!

Y es cierto María:
antes de encontrarte,
á mi madrecita ¡cuánto la lloraba
en mis soledades!

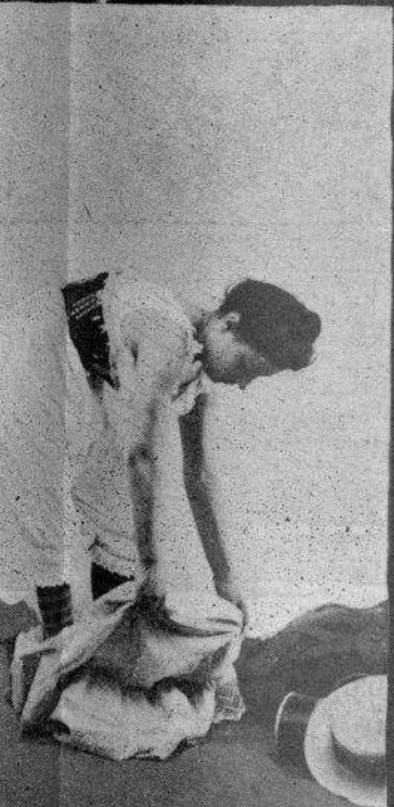
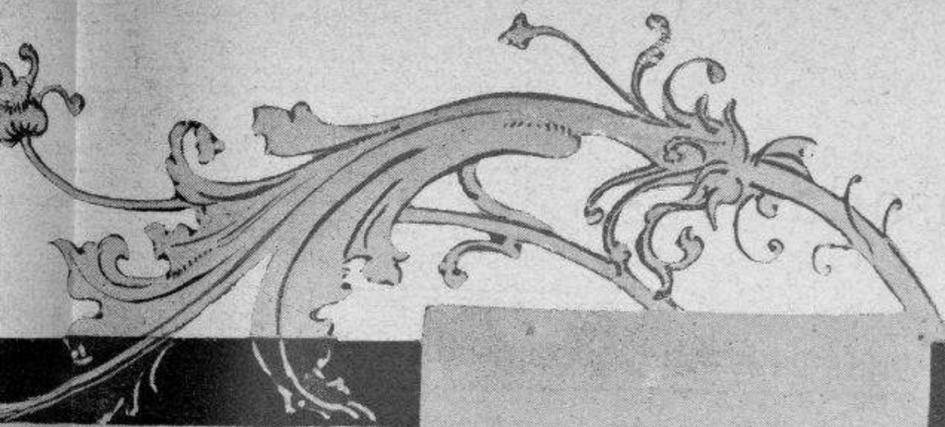
Hoy que por tí vivo
dichoso cual nadie,
noto con angustia, María del alma,
que olvido á mi madre.

Y á pesar de hacerte
tan impío alarde
¡ya pienso inhumano que los hijos míos
pueden olvidarme!

Y. CALVO-ACACIO



ANTES DEL BAÑO, EN EL BAÑO Y DESPUÉS D



¿QUÉ DEL BAÑO. — ¿USTEDES GUSTAN?

Diario de una casada

(Continuación.)

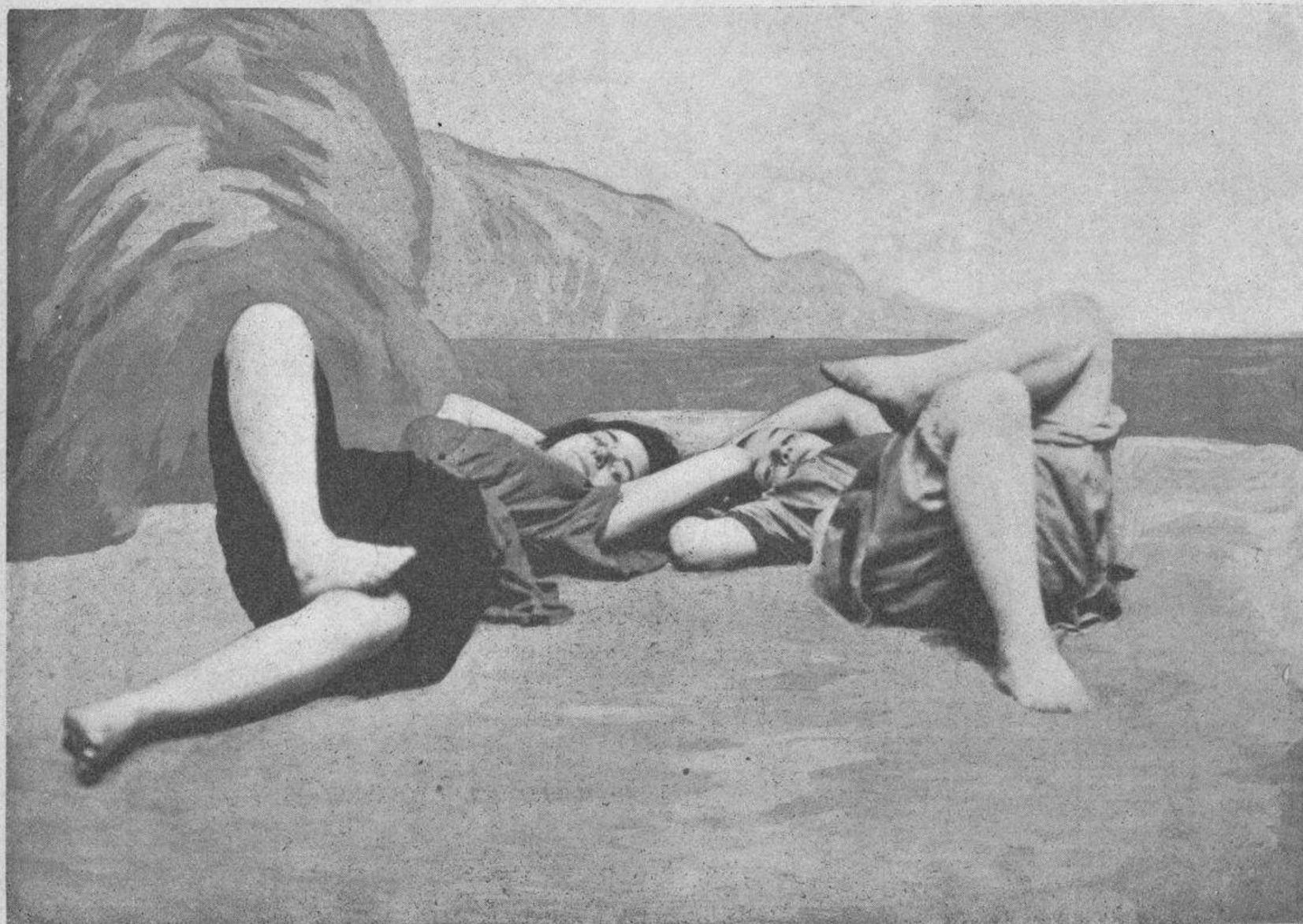
Noviembre, 6. — ¿Qué piensas hacer? — me ha preguntado esta mañana Paca Linares, á quien he hecho confidencia exacta y minuciosa de cuanto me sucede.

¿Qué pienso hacer? Pues ahí está el problema. No lo sé. Todos mis pensamientos, (y Dios sabe lo mucho que trabaja mi pobre cerebro, las ideas que le asaltan y las vueltas que les da), todos mis pensamientos van á parar á una sola y única conclusión: la incertidumbre.

Entonces, esa buena de Paca me ha echado un discurso, lleno de sesudísimas reflexiones... que no me ha convencido. Que en parte tiene razón y discurre con mucha lógica, no lo niego; pero ¡ea! que no me convence.

« Considera, hija, — me ha dicho en resumen, — que si tienes sospechas, y sospechas que hasta cierto punto son suficientes para introducir la inquietud en tu ánimo, no lo son para que puedas dar como cosa segura esa traición que supones en tu marido. Tú no tienes pruebas; quiero decir pruebas materiales de que Pepe te está haciendo una trastada, y sin pruebas no se puede acusar á una persona. Me parece que has obrado

con alguna impremeditación; impulsada por apariencias que tal vez no tenían bastante fundamento y dando excesivo crédito á las insinuaciones de una lengua tan viperina, como te consta ya que lo es la de esa Juanita. Debias haber obrado con más tacto, con más diplomacia y no colocarte por tu propia iniciativa en una situación tan difícil, tan tirante como la que te encuentras ahora con tu esposo. Debias haber disimulado y adquirir una certeza completa antes de acusar abiertamente á tu marido. Porque, atiende á esto: si él no es culpable, tus reproches, y más que tus reproches, tu actitud desdeñosa y hostil le habrán herido en lo más vivo de su dignidad y de su orgullo; si tiene, por lo contrario, algo que echarse en cara, tu proceder le habrá puesto sobre aviso, y como al fin y al cabo careces de pruebas completas, y no te fundas más que en presunciones y murmuraciones, tu posición queda mucho más desairada que la suya. Y por fin; no olvides, querida, que te encuentras todavía en los primeros meses de casada; que se trata de la felicidad de toda tu vida, y que debes andar con mucho tiento para no comprometerla, abriendo, entre tu



— ¿Cómo es que la de Núñez no se mete en el baño si no la acompaña su primo?
— Porque le pasa á esa con el mar lo que á los yankees con los españoles: que necesita intérprete.

marido y tú, un abismo de recelos, de desconfianzas, de reproches y de rencores.»

Si: todo está muy bien dicho; es posible que Paca tenga razón; pero ésta, no la siento.

Lo que no sabe Paca, porque no he querido llevar mis confidencias hasta exponerle los secretos más íntimos de mi alma, es el verdadero efecto moral que en mí ha causado la infidelidad de mi marido ó, mejor dicho, la profunda convicción que tengo de esa infidelidad: efecto que apenas me atrevo á confesarme á mí misma, y que al meditarlo, al analizarlo me deja confusa y espantada.

Creo, estoy casi segura de que si meses atrás me hubiesen dicho: «tu marido está enredado con otra mujer, á quien conoció y amó antes de

casarse contigo; sus relaciones se han reanudado; ha hecho con esa mujer un viaje y con ella ha regresado»; si á dichas afirmaciones,

verdaderas ó calumniosas, se hubiesen juntado mis propias dudas, mis sospechas, dándome la casi certeza de la traición de Pepe... creo, repito, que hubiera experimentado mi corazón un dolor inmenso, mayor, más lacerante que el sentimiento de mi amor propio ofendido. Habría llorado amargamente; habríame parecido que el desamor de mi esposo constituía la más inmensa de las calamidades.

Pues bien; ahora, no siento nada de esto. Mi alma está



sublevada, pero mi corazón permanece casi tranquilo. Lo que experimento se parece mucho más al despecho que á la desilusión; al desprecio que á la tristeza honda y amarga del sér que se ve engañado. Ni á mis ojos acude la menor lágrima, ni á mis labios el menor sollozo. Y al tener delante de mí á Pepe, no me asalta la terrible pena de pensar que pueda dejar de amarme, sinó el desvío desdeñoso de la mujer por el hombre que no es digno de ella.

La Saeta

¿Cómo explicar esas impresiones extrañas, cuyo análisis me causa una turbación mezclada de... cómo diré... de cierto remordimiento? ¿Quiere esto decir quizás, que mi amor por Pepe no fué... ó no es ya desde un tiempo acá, más que un afecto tranquilo, completamente desapasionado, ó una simpatía conyugal que á la primera ocasión ha quebrado y...?



— ¿Esta es el barón en la playa?

— Está, señora.

— Pues echa muy despacito la sábana.

Nó; no quiero que semejante idea se arraigue en mi alma; no quiero pensar siquiera que haya de ser la indiferencia el único sentimiento que quede en mí; que me unía por toda una existencia al hombre á quien juré amor. ¿Acaso sería posible vivir años y años al lado de un marido á quien no

se ama y compartir su hogar, su tálamo, y no sentir por él á lo sumo más que un cariño tan reposado y tan poco absorbente que me dejara casi impasible ante las infidelidades, los engaños y las bellaquerías?

Nó; no puedo resignarme á este pensamiento. Y sin embargo: ¿qué puedo hacer?... ¿puedo imponer á mi corazón sentimientos que no experimenta, ni hacer que las cosas sean distintas de lo que realmente son?

Noviembre, 7. — Pepe ha juzgado hoy llegada la oportunidad de encajarme un discurso para disipar lo que él llama mis «injustificadas presunciones y juicios temerarios». Ha estado muy elocuente: no lo niego; pero su elocuencia me ha dejado tan fría, tanto, que al pronunciar él los últimos períodos, no he podido reprimir un largo bostezo.

—Diríase que mis palabras te fastidian, — ha exclamado con acento ofendido.

—En efecto: me fastidian... — he contestado muy serena.

Por la copia,

JUAN BUSCÓN

(Continuará.)

Pensamientos

La tolerancia alienta al insensato y enmienda al prudente.

El que obra por consejos de otro regularmente procura, sin advertirlo, la conveniencia ó el gusto de quien le aconsejó.

Conocer cierto género de situaciones, da por resultado dominarlas.

Un necio no suele congeniar con un sabio; mejor une con otro necio, por la mutua simpatía que les comunica su semejanza.

Referir los defectos de un individuo de nuestra familia, equivale á perder el derecho de defenderle.

Los discretos no se empeñan en conseguir lo que es imposible.

La desgracia es escuela donde se aprende á conocer al mundo.

Cuando el amor es reemplazado por el odio, no es fácil que éste ceda ya su puesto á aquél.

El disimulo es el antifaz de la intención.

MANUELA Y, RAUSELL,



— ¡A mí no me digan! Cuando vestíamos así las españolas había más aire... y más vergüenza.

Casualidad fué, y no me disculpo, lo declaro con mi ruda franqueza: quise aprovecharme: la tentación apagó todos los instintos generosos. El billetito estaba perfumado y los garrapatos desiguales, menudos, como patas de mosca y cabezas de alfiler delataban la mano culpable de una mujer nerviosa. ¿Era linda?

Subi...

Delante de la puerta consulté la coquetona cartulina, recortada por las puntas; allí era: Sócrates, número... piso... ¿Llamaría? ¡Oh, qué artista pierde la ocasión de apoderarse del gesto en el instante mismo de descender el velo del pecado!

Sonó el argentino tintineo del timbre.

—¿La señora...? — dije al criado. — Pásele esta tarjeta y dígame que es urgente... que perdone.

Entré. El recibidor estaba á media luz, y casi apagados los mecheros de los corredores; reinaba en la antesala penumbra discreta, y así me produjo sorprendente efecto aquel gabinetito primoroso. Descubrí en seguida un alma. El elegante quinqué de trípode hallábase colocado en frente del espejo, y el resplandor, dando de golpe en las figuras próximas, iluminábalas vivamente, reflejándolas en la brillante luna, y difundiendo tenues vislumbres por los ángulos. Resplandecía ya con un livor extraño en una caprichosa capillita de entalladura colocada sobre una cónsola...

Vuelta hacia la puerta por donde debía penetrar el desconocido, iluminado fantásticamente el perfil, calzándose el guante, distinguí á la dama. ¡Qué bien animaba su busto dulce, suave, de reina,

aquel recinto severo! ¡Pero qué mal se unían aquellas severidades nobles del lugar honrado con la figura del amor callejero! ¿Me había equivocado yo? Estrujé nerviosamente el billetito...

— Acaban de decirme que desea usted verme; ¿á qué debo el gusto?...

—¿De la visita? Por las señas esta carta debe de ser suya.

Y añadí sacando la misiva delatora, brutalmente:

— Una cita de amor.

Clavé con ansia la mirada curiosa en el rostro de la pecadora: ni un solo músculo se alteró; ni el ruborcillo más leve anubló el semblante. Con su vocecilla de muñeca contestóme

— Me congratulo de que haya caído ese papel en las manos de un caballero.

Y como me cortó el habla aquel espectáculo imprevisto, siguió el discurso, sin hacer ademán de recoger la carta que yo revolvía en mis manos:

— Usted me perdonará, pero ya habrá usted visto ahí que me esperan dentro de un cuarto de hora.

Iba á replicar duramente: ¿Si usted cree que soy un caballero, con qué derecho pierde usted el carácter de señora? ¿Y su marido, y sus hijos, y su casa? ¿Cómo apre-



ciaré yo esa falta de vergüenza y de remordimiento? Pero calculé discretamente que sólo me había impulsado á subir una indiscreción de artista, la curiosidad de descubrir el gesto del pecado sorprendido, y saludando ceremoniosamente, después de haberla brindado en silencio con la misiva

que ella recogió, dándome las gracias con una sonrisa espiritual y una inimitable inclinación de cabeza. Salí de aquel lugar verdaderamente asombrado.

Me detuve en la calle, apartado de la casa, á liar y encender un cigarrillo. ¿Saldría? ¿Avergonzarse viéndome de nuevo, como si despertara yo las voces dormidas de su conciencia?

Ya estaba otra vez mi curiosidad en danza, y por cierto con grandes muestras de no dejarme tranquilo.

Apareció la dama. Recogióse con graciosa monería el vestido, y pasó por delante de mí inalterable, sin bajar la vista al suelo, sin sonreírme, como si no me hubiera hablado jamás y no supiese que yo poseía un arma terrible contra su honor.

Andaba con gracia y también con aire de majestad.

Inconscientemente fuíme tras ella. ¡Oh, cuánto hubiese dado yo, cuánto, porque la linda pecadora mostrase en el rostro la turbación de su espíritu: porque subiese á las mejillas en oleada de sangre un poco de vergüenza. Seguro que entonces me acerco con toda la discreción posible, y suavemente, la voz apagada para no hierla mucho, le digo:

—Ya tiene alguna hermosura tu falta. Ahora sí que mereces el perdón.

Pero nada, nada; la mujer aquella seguía sin inmutarse, bien convencida de que iba yo detrás como una sombra, porque mirando los escaparates me vió por el rabillo del ojo.

Ningún ademán hizo, ni se mostró irritada por aquella persecución alevosa.

Y me alejé pensando: ¿cómo las mujeres son tan sensibles si el hombre las engaña y tan... insensibles para pecar?



CLAUDIO UGENA

—¿Dónde vas con mantón de mañila. — Donde me da la gana ¡pús!

Amor trino

—¿Has amado otra vez? — me preguntaba la virgen de mis sueños con candor;
—Sí, — repuse, — sí — tímido el acento —
á mi madre y á Dios.

Y ella riendo con risa que dejaba la inocencia de su alma adivinar, dióme un beso en los ojos, y de nuevo preguntó con afán:

—¿Les amas como á mí? ¿Les amas tanto? y con dulce pasión,
— ahora, — contesté, — niña mía, — adoro en tí á mi madre, y en mi madre á Dios.

JORGE RICO

Canitas

La que tiene muchos novios á las otras causa envidia;
¡Pajarita de papel
cuanto más doble, más chica.!

¡Ojalá mi pensamiento se te grabase en el alma, y profirieran tus labios lo que yo sólo dictara...!

Madre, la voy á querer, que ha socorrido á una pobre y no tiene qué comer...

J. ENRIQUE DOTRES.



Parola

(Adulteración de parábola, según Snob-Heredoto)

Hubo un tiempo en que por gracia divina hablaban los animales.

No es extraño; por la misma merced rebuznan algunos mal llamados poetas en el año uno del P. Narváez gracioso.

Pues en la época dicha, que pasó prematuramente á ser prehistórica (1) había un descomunal rebaño en la península que se había dado en feudo á un tal Quijada,

y que otro tal Figaro descubrió, bautizándola con el nombre de Las Batuecas.

El rebaño vió ardiendo la zarza de Moret, pero no hizo caso; antes se revolvió contra el fuego, oponiéndole el plomo de las rotativas que clamaban: «Quijada, líbranos de mal.» Y besando humildemente el polvo de sus sandalias en prueba de sumisión, esto otro: «Libra á Sancho que rige la Barataria de la piara de cerdos, que ennegrece el Atlántico.» Y Quijada repuso:

—Dios es Dios y Mahoma su profeta; yo soy humilde entre los humildes: hágase vuestra voluntad, pues se ha dicho que de vuestra soberanía hablarían los oráculos, un año antes de ser sonadas las horas del Apocalipsis, y por anuncios del P. Narváez que me sucederá en la predicación de la buena nueva.

Pero ocurrió que á Quijada se le volvieron las lanzas picas, bien al revés de lo que andando el tiempo había de suceder á un picador de toros ilustres: que se le volvieron las picas plumas, y escribió en tinta como si mojara en sangre de buey para que el P. Narváez le nombrara *sub* de un ministerio desconocido: «á real y medio el quilo de vergüenza».

Entonces el pastor de corderos (que por error de imprenta figuran en la historia con el dictado de leones, á menos que sean tales reyes del desierto disfrazados con la piel de los inofensivos animales, según la profecía de Jonás) reconoció la majestad ultra, y postrándose, dijo: «Yo señor, tengo que decirte algo, pero el plomo de las rotativas se me ha incrustado en el cerebro.»

Y pronto, sacando del bolsillo un libro que en una de sus fiestas onomásticas le regaló la vieja, repitió contrito las palabras de san Jerónimo: «Estoy agobiado de males, y sin embargo, señor Mak, bendigo tu Santo nombre, y cualquiera que sea mi tribulación, deseo se cumpla en mí tu santa voluntad. ¿Qué me importa el estado en que me encuentro con tal que sea éste el que tú quieras? ¿Qué derecho tengo yo para quejarme? ¿No es el Señor quien manda la enfermedad y la salud, el honor y el desprecio, la alegría y la tristeza? ¿Quién soy yo para oponerme á sus designios y murmurar de su conducta? Suframos, pues, hasta que Dios le plazca, y muy dichoso seré si puedo con mis dolores expiar las ofensas de mi vida pasada.»

Los borregos no comprendieron la abnegada jaculatoria del buen pastor. Y la parafrasearon: «Ningún derecho tienes de quejarte.» Y cuando habló del honor y de la expiación de las ofensas, sonrieron burlonamente. Quijada exasperado, quitó presión á las rotativas y se dirigió á su amo con esta frase terrorífica: «Confunde á mi rebaño con los rayos de tu cólera».

Hay una laguna en la historia de aquel tiempo remoto, y no sé si el Señor indignado quitó al rebaño de Las Batuecas el don de la palabra.

(1) *Pre*, según los sabios chinos quiere decir liberal.



Lousy Talay

El despertar de la doncella.



Yendo de viaje un amigo nuestro llevaba á su servicio un criado que no era pariente de Salomón, pero en cambio entendía algo de cocina.

Un día compró una perdiz, y para que no equivocase el guiso, le dió por escrito la receta de cómo la había de poner.

Poco después, un gato más despejado que el cocinero, atrapó á un volver de cabeza de éste, á la perdiz, y sin cuidarse para nada de la receta, se encaramó al tejado para almorzársela allí.

Vió el criado al gato en el tejado con el cuerpo del delito entre las uñas, y al notar que la receta estaba en su sitio, exclamó:

—Buen chasco te llevas, porque la receta está aquí, y sin ella no sé cómo vas á gobernarte para guisar la perdiz.



En un restaurant:

—¡Mozol! Este cangrejo está pasado.

—Seguro estaba yo de ello... pero el amo me ha dicho: «Da eso á aquel caballero que tiene cara de tonto... El lo digerirá bien...» Ya se ve... se le ha puesto en la cabeza que ha de juzgar á las personas por el perfil...



Yo conocí á una joven seductora que tenía un amante cada hora, y entre tantos amantes no ha podido atrapar un marido.

Bien dice doña Clela:

— *Aquel que mucho abarca poco aprieta.*



En el mismo día de la fiesta, encargaron á un nuevo sacerdote el sermón del santo para el año siguiente.

Nuestro joven compró doscientos sermones impresos, la retórica del padre Granada y la Biblia. Y á pesar de que tenía un año de término, empezó á estudiar y á estudiar, y á escribir y á escribir, sin dejar el libro ó la pluma de la mano.

El año pasó, se repartieron esquelas de convite, y del pueblo y de los convecinos fué tanta la gente convidada, que no cabía en la iglesia.

Los alcaldes (que eran los padres del predicador) tomaron asiento, y acto continuo el sermón comenzó...

—Cristo le dijo á San Juan...

Estas fueron las primeras palabras que pronunció el orador, palabras que se escucharon con el mayor silencio.

—Cristo le dijo á San Juan...—repitió el hijo de la alcaldesa, y por segunda vez se quedó parado.

—Cristo le dijo á San Juan...

Al oír por tercera vez estas palabras, uno de los asistentes exclamó:

—¿Y qué es lo que le dijo, señor predicador?

—Baja, hijo mío,—gritó enojada la alcaldesa;—el que quiera saber lo que le dijo, que se gaste cuarenta duros en libros y emplee un año como tú en averiguarlo.

Por castigar á su mujer, decía de ella un marido la otra noche en cierta tertulia de confianza:

—Entre pintura, pelo postizo y algodones, no hay quien conozca á mi cara mitad.

—Pero, señora,—añadió otro;—según su marido, en usted nada es natural.

—¿Nada? ¿Y mis hijos, caballero?



MERCADO DE BARCELONA

Carnero, abunda.

Tocino, antes de cielo, ahora... Moret lo dirá.

Jamón, si es de treinta años me conviene.

Pan, era un Dios; ya se va olvidando.

Garbanzos, para boda.

Arroz, con pollos.

Maíz, ¡aprovechad la ganga, yankees!



El barón de la Castaña, á la Ponce, regaló un magnífico reloj, comprado en «La Gran Bretaña». Mas el reloj no es de oro cual Rita Ponce creía, y al preguntarle García si el obsequio le gustó; dijole Rita: — ¡Qué hazaña! El regalo me ha engañado, lo guardo, porque me ha dado el tal reloj, *La Castaña...*

MORENO.



— Señorito, yo no sé escribir, y si usted quisiera...

— Acaba, Domingo.

— Tengo que escribir una carta á la tierra.

— Yo te la escribiré.

Después de escrita la carta, añade el criado:

— Ahora, ponga usted debajo que me dispensen la mala letra.



Cuadrado

o	o	o	o	o	o
o	*			*	o
o		*	*		o
o		*	*		o
o	*			*	o
o	o	o	o	o	o

Substituir los ceros por letras, que leídas vertical y horizontalmente, resulten: 1.º, Ciudad española; 2.º, ídem, ídem, y en las diagonales de ceros y estrellas: 1.º, arte liberal y 2.º, Ciudad europea.

P. LUQUÍN.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en



48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

❖ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ❖

España y Portugal, semestre 6 pesetas.
Año 11 »
Extranjero y ultramar, un año 17 »
Número corriente, 20 céntimos.
Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

CUPON PRIMA

Regalo á los compradores de LA SAETA

Presentando este Cupón en el kiosco número 3 de la Rambla del Centro, se entregará al portador por **DOS REALES** la celebradísima y renombrada comedia en 3 actos y en verso, de D. Ceferino Palencia

== CARRERA DE OBSTACULOS ==

una de las que más ha contribuido á cimentar la fama de su autor.

Con este mismo Cupón, y abonando **DOS REALES** más, tendrá derecho el portador á adquirir el drama en 3 actos y en prosa de D. Marcial Morano

== EL MAYOR CASTIGO ==

que tan celebrado fué por el público y la crítica cuando se estrenó en el teatro Principal.

Asimismo se entregarán por el citado precio de media peseta cada una, **SOR TERESA Ó EL CLAUSTRO Y EL MUNDO y LA VIDA ES SUEÑO.**

LA SAINVA



20 cénts.

M.E.C.B. 2016

Núm. 409

